Recaudador Literario 2018

Recaudador Literario 2018

INDICE

Leer para escribir.....4

COTIDIANIDAD.....6
DECISIONES FALLIDAS.....7
EL AMOR DE MI VIDA.....10
EL BAILARÍN ENAMORADO.....13
IRREVOCABLE DESTINO.....18
LA GRAMÁTICA DE LOS ÁRBOLES.....23
LA HIPÓTESIS NULA.....25
LAS MARIPOSAS Y LAS LUCIÉRNAGAS.....28
NATURALEZA.....32
¿NO QUE TE QUERÍAS IR CON ÉL?.....34
PIEDRA, PAPEL O TIJERA.....36
SEGUNDA OPORTUNIDAD.....38
VIAJE ESPIRITUAL.....39

Cerámica y modelado en barro.....42
Créditos.....80

Leer para escribir

Leer para escribir

Al igual que en años anteriores, nos complace dar a conocer, en este **Recaudador literario** correspondiente al segundo trimestre de 2018, algunos trabajos destacados de nuestros participantes.

En esta ocasión, el tema rector de este trimestre fue Ángeles, centrado en historias de niños y adolescentes.

Los participantes desplegarón su imaginación y su ingenio para contarnos sus aventuras plasmadas en su escritura. Algunos de ellos se basaron en frases de dos autores: Pedro F. Miret y Quim Monzó y otros se basarón en los diferentes autores que se revisarón en el taller para crear su propio texto.

Agradecemos la participación de todos por su integración y entusiasmo en el taller **Leer para escribir.**

Les deseamos salud a todos los autores y a sus potenciales lectores.

Octubre 2018

Humberto Rivas

COTIDIANIDAD

Mario Alberto Godínez Galicia

Ella abrió la puerta y encontró el departamento en penumbras.
Él, obeso, dormía sentado frente al televisor encendido, no tenía camisa y salsa cátsup o picante había manchado sus calzoncillos. Vacía, la enorme botella desechable de refresco yacía junto a él.

Sigilosa, fue a la cocina y tomó el revólver que para la defensa de la casa guardaban en el cajón, extrajo el cilindro, verificó que todas sus recámaras tuviesen balas y volvió a cerrarlo. Rápida, se colocó detrás de él, amartilló el percutor y decidida, lo apuntó a su nuca, él roncaba, lo volvió a mirar, treinta y cinco años de matrimonio hacían que lo conociera muy bien, cerró los ojos, se mordió el labio inferior y después le espetó "Te mataría, pero te desprecio tanto, que mejor veré cómo día a día te despedaza la cotidianidad" y mientras regresaba el revólver al cajón, sonriente le despertó diciendo: "Ya regresé, mi amor ¿me extrañaste?"

DECISIONES FALLIDAS

Ana María González Paz y Puente

Abel Gómez miraba a través de la ventana cómo declinaba la tarde y disminuían sus resplandores. Las sombras del eucalipto y el farol empezaban a delinearse en el pavimento Los perfiles angulosos de la puerta y del tejado de enfrente, estaban a punto de parecerle tenebrosos. Enfermo, sentado en su poltrona, sudoroso, tiritaba de fiebre; además acababa de tener un sueño que ya era recurrente. En él, Rebeca, su esposa bajaba airosa la escalera, sosteniéndose en el barandal. Su rostro aparecía nebuloso, sólo resaltaba su boca irónica, con el labio inferior prominente. De pronto, su vestido de lino se iba quedando sin el contorno del cuerpo, y en el último escalón quedaba un retazo de lino verde y la mancha azabache de su cabello.

Abel recordó. “Lo primero que lo enamoró de ella, fue la forma en que cruzó las piernas. Muy suavemente, como si temiera quebrárselas, como si fuesen de hielo”.
La impresión al conocerla fue electrizante. De los poros de su piel se desprendía un imán. Los ojos hundidos, las mejillas amplias, el mentón de forma angulada y su alargado y perfecto perfil, le conferían un aire de decisión. La descubrió talentosa, y expresiva en sus demostraciones de afecto. Para Gómez significaba un reto conquistarla; no solo lo logró, también se casó con ella, convencido de que el estímulo de esa mujer, que además era emprendedora, resultaba lo indicado para un hombre con aspiraciones como era él. Predominó el cálculo en su elección. Lo decidió: total, manejar situaciones difíciles y hacerlo con destreza, se le había convertido casi en una adicción; pero olvidó otra que tenía, que era la de controlar a la pareja que tuviera.

Rebeca tenía varios ángulos en su personalidad; esgrimía los buenos, los malos y peores, agregando que era una mujer versátil. Gómez empezó a adorarla y a aborrecerla. Vivía con una sensación de desconcierto. Ella lo atraía y lo rechazaba a su antojo. Él no sabía cuándo estaba a su lado un ángel o un demonio. Desafortunadamente, cuando ya estaba involucrado reparó en que le había manipulado los sentidos; por lo tanto, se encontraba paralizado, sin reaccionar, y hasta se sentía enfermo. No podía soportar esa situación humillante de encadenamiento. Sus sueños recurrentes se lo estaban señalando: ¡Rebeca debía desaparecer! ¡Lo decidió!
Rebeca, suspicaz, lo observaba. El que la hubiera visto, aunque fuera una

vez, de reojo y malignidad, la alertó. Lo conocía demasiado. Tramaba algo funesto en su contra. Ya no se avivaba la expresión de su marido cuando ella aparecía con ese caminar armonioso – como él decía le era propio—y dejó de ponerse nostálgico con sus desdenes. Parecía tan concentrado en sus cavilaciones, aunque se estuviera tapando la cara con el periódico, que se le marcaba el color azulado de una vena en la sien. Ella permanecía sentada con la mirada fija. Se le dibujaba la rodilla y la línea de una pierna, bajo el lino verde de su falda. No estaba reclinada hacia atrás sino hacía adelante, con los brazos apoyados sobre el muslo, cuando dijo intempestivamente: "cuento con un as en la manga" No fue precisa. Podría haber sido para reforzarse ella misma o para que él lo interpretara como amenaza. Y... Gómez decidió ignorar el sentido de la frase y a ella. Se apresuró a salir de escena, sin darse la vuelta para verla, ni darle apenas tiempo para proseguir. Tal parecía que se iba a disolver su propósito si le prestaba atención.

Gómez no se repitió ni a él mismo, cómo cometió el crimen, ni dónde se deshizo del cadáver. Con la absoluta seguridad de que no iban a descubrirlo, se apresuró a notificar la desaparición de su esposa. Sabía que llegaría el momento en el cuál sería sospechoso de haberla eliminado y tendría que afrontarlo.
Abel Gómez, sentado en el banquillo de los acusados, con la espalda firme, mantenía la cabeza erguida, de modo que la barbilla quedaba en ángulo recto; hizo un círculo con los hombros, dejándolos hacia atrás. Con su postura imponía, por lo pronto, seguridad.

El abogado defensor daba vuelta a la pluma en sus dedos de un lado a otro, mientras exponía el caso. Antes de ponerse de pie; se acomodó el saco abotonándolo, como si lo necesitara hacer para puntualizar; miró a la concurrencia retadora, e intempestivamente casi gritó.
"¡En este momento, va aparecer la señora Rebeca Gómez!" y señaló hacia la entrada,
Se levantó una oleada de exclamaciones y todos dirigieron su mirada hacia dónde iba a hacer su aparición Rebeca Gómez.
"El de ustedes ya no es un titubeo, sino la certeza de que ella no ha muerto. Todos esperaron verla entrar en este recinto. No hubo nadie que no se diera vuelta para recibirla ¡No pueden pensar que se cometió un crimen!, arguyó el defensor, sin el cuerpo de la señora Rebeca Gómez".
El licenciado tenía los pies separados a la distancia aproximada de los hombros, el cuerpo erguido pero relajado y las manos al frente, entrelazadas con suavidad, preparado para gesticular enfáticamente: su actitud era de poder. Como si orquestara, con un movimiento enérgico de brazos, aplacó el escándalo que se había suscitado.
De pronto, una mujer qué valiéndose de una pañoleta, sólo mostraba un ángulo de su cara, de pie, protestó airadamente. "Sí, todos pudieron aceptar implícitamente, que Rebeca Gómez estaba viva, al buscarla con la mirada, menos quién no levantó la vista, ni por un momento, porque la sabía muerta;

¡su marido!
La mujer descubrió totalmente el rostro y Gómez brinco del asiento. ¡Era ella, Rebeca! Le resultó Impresionante ver desparramados sobre sus hombros su cabello ensortijado color azabache y sentir amenazantes sus incisivos puntiagudos. A punto de desfallecer, Gómez, demudado grito. “¡No puede ser!” “¡Yo la maté!”.
La mujer resultó muy parecida a Rebeca: era su hermana, el as que ella tenía escondido en la manga. Él nunca sabría que acababa de regresar a España después de cumplir una condena en otro país, por agredir a su marido, hasta casi matarlo.

*QUIM MONZO

EL AMOR DE MI VIDA

Rafael Anaya Hernández

Las peores desgracias de mi vida comenzaron cuando quedé desempleado a los 50 años. Pocas cosas son tan indignas como sentirse menospreciado por el sólo hecho de la edad. De nada me sirvieron en la empresa los 20 años de experiencia acumulada, mis estudios de posgrado, reconocimientos y una trayectoria intachable; cuando de pronto se vino la avalancha modernizadora de una nueva administración.

Estaba casado con Lucrecia, a quien amaba de manera obsesiva, apasionada, rayando en la locura. Cómo no adorarla si representaba para mí a la mujer ideal: hermosa, inteligente, culta, profesionista, metódica y muy trabajadora ¡era el amor de mi vida! Debo decir que también era impredecible y controladora. Con el tiempo me enteré además de su bipolaridad, lo cual nunca representó un problema grave para mí; era como tener una gripa recurrente con la que te acostumbras a vivir. En sus etapas de euforia era la esposa más cariñosa, y yo, me dejaba querer; mientras que en sus fases depresivas era insoportable y prefería ausentarme durante largas horas. Ciertamente le encontré gusto a mi existencia, un placer casi masoquista.

Sofía era nuestra única hija. En ese entonces estaba próxima a cumplir 20 años y estudiaba su carrera universitaria. Yo hubiera deseado tener más hijos, pero Lucrecia decidió que fuera sólo uno y así fue. La adoraba por el simple hecho de ser un pedacito de mí ser, pero creció y empezó a reclamar mis largas ausencias durante su niñez. De verdad, no me di cuenta en qué momento se convirtió en una mujer autónoma y con anhelos propios.

Mis ingresos nos permitían tener una situación cómoda y hasta con ciertos lujos, como salir a comer a un buen restaurante y tomar vacaciones dos veces al año. Vivíamos en una zona residencial de clase media del Puerto de Veracruz, en una casa que todavía le estábamos pagando al banco, así que la noticia de mi despido se convirtió en una catástrofe para la familia. Entre el compromiso del crédito hipotecario, los gastos de la universidad de mi hija, nuestra manutención y el “deber” de sostener un estilo de vida casi irrenunciable, me abrumaron hasta el punto de la desesperación.

Con el dinero de la liquidación decidí negociar un pago anticipado al banco para liberar la hipoteca y le deposité a Sofía todos los ahorros que tenía para poder financiar la conclusión de su carrera. Pensé en obtener

un poco de tranquilidad con esa acción, pero no fue suficiente para mis seres queridos, no tuve el apoyo solidario que necesitaba en ese momento. Así fue que el desastre emergió fortalecido: aparecieron problemas inesperados, reclamos absurdos, discusiones eternas, insultos punzantes, desaires de mi hija hasta entonces desconocidos para mí y las reiteradas amenazas de mi esposa de atentar contra su integridad. No hubo espacio para la cordura. El ofuscamiento nos arrebató la oportunidad de encontrar otras salidas, era como nadar en un río de aguas negras que me infectaban con la pestilencia del odio y la ignominia. Jamás sentí tanta impotencia frente a la incapacidad de proporcionarles el bienestar que esperaban de mi parte.

No pude encontrar un nuevo empleo en Veracruz, ante lo cual decidí vender un pequeño terreno heredado para que Lucrecia y Sofía pudieran sobrevivir un tiempo y decidí irme a probar suerte a la ciudad de México. Llegué a la capital a los 52 años de edad, sin dinero, devaluado y apesadumbrado ante la inquina de que era objeto. Deseaba con toda el alma dejar atrás ese traumático episodio, pero entonces apareció la peor parte: enfrentamientos inmisericordes donde bullía la violencia verbal, llamadas a media noche por supuestos intentos de suicidio de mi esposa, una acusación de abandono de hogar y el inicio de la demanda legal para el divorcio.

Yo fui criado bajo el influjo religioso que considera al matrimonio un sacramento indisoluble, pero la realidad me enfrentaba a circunstancias muy distintas ¿Dónde estaba nuestro juramento de amor eterno?, ¿en qué momento pasamos del amor al odio?

Nunca como entonces conocí el dolor de ser hombre. En una sociedad tradicional se espera siempre que seamos buenos proveedores y garantes absolutos de la protección familiar. Es obligatorio ser fuertes, intrépidos, temerarios y nunca rendirnos frente a las adversidades. Prohibido sufrir, llorar o mostrar sensibilidad ¡Bah! Eso está bien para los superhéroes de ficción, pero no para los hombres de carne y hueso.

Si logré sobrevivir durante esa penosa etapa, fue gracias a la solidaridad de hermanos

y amigos que me escucharon y me dieron asilo temporal. Fueron ellos quienes me incitaban a dejar de ser tan blandengue, a actuar con más egoísmo y malicia.

Los primeros meses en la capital fueron muy difíciles y me invadió un sentimiento de frustración ante las dificultades para encontrar un nuevo trabajo en el campo de mis aptitudes; entonces, decidí aceptar algunas clases en una pequeña universidad privada, ganando un sueldo miserable. Renté un cuarto, aprendí a vivir con lo mínimo necesario y los pocos excedentes disponibles los enviaba a la familia, con los consabidos reproches de siempre.

El proceso de divorcio siguió su marcha, a veces con situaciones grotescas. Lucrecia actuó alevosamente para tratar de despojarme de la casa y de todos nuestros bienes y me acusó, no sólo de sus infortunios, sino hasta de su enfermedad mental. Fueron meses desgastantes de lidiar con argucias legales, acusaciones falsas de violencia física y una supuesta relación extramarital de mi parte... yo, que amaba a esa mujer hasta la veneración. El abogado me sugirió contrademandar de manera similar, pero me negué, no era mi estilo. Después de varios años de negociaciones desgastantes y encuentros injuriosos, terminé aceptando las condiciones que me fueron impuestas.

Parece increíble, pero en cuanto firmamos el divorcio hace cinco años, el huracán de descalificaciones y agravios se apaciguó y todo comenzó a cambiar paulatinamente. Mi situación económica mejoró al conseguir en la Universidad tiempo completo y mejores prestaciones, lo cual me dio mucha estabilidad. Sofía, después de terminar su carrera, se había mudado a Xalapa para trabajar en una buena compañía y fluía con ella una relación más indulgente y armoniosa.

Durante ese tiempo hice intentos por relacionarme con otras mujeres, pero siempre aparecía el fantasma de lo indebido, como si un ente divino me lo impidiera, una sensación de estar haciendo algo prohibido. Desistí de ello.
Ahora tengo 62 años, una buena salud y acabo de jubilarme en condiciones aceptables. Mi hija tiene una pareja y está haciendo su propio camino, pero...
– ¡Papá!, ¿qué tanto haces? Te estamos esperando, ya llegó el juez. Apúrate.
– Ya voy Sofi. Me estoy terminando de vestir. En unos segundos bajo.
Lucrecia es mi droga, por eso regresé a Veracruz y la convencí para casarnos otra vez... la vida parece insistir en repetir mi historia.

EL BAILARÍN ENAMORADO

Alfonso Rojo Dueñas

Todo comenzó en una noche de verano, éramos una pareja de jóvenes, como muchas otras, expuestos a pasiones urgentes como la vida misma. Nos mirábamos a los ojos al bailar una melodía sin nombre, en el salón casi vacío de un lujoso hotel, trazando sin saberlo, al movernos abrazados, la rúbrica de un mundo irreal cuyas luces fatigadas empezaban a apagarse lentamente.

Recuerdo muy bien que, lo primero que me enamoró, fue la forma en que cruzó las piernas. Muy suavemente, como si temiese quebrárselas, como si fueran de hielo. Tal vez esperando que yo la invitara a bailar. Después, comprobé que ella lo hacía bien, suelta y con cierta audacia. Se animó a seguirme en un paso de fantasía, que yo, como experimentado bailarín, improvisé para poner a prueba su pericia y del que una compañera menos ágil habría salido poco airosa. Después de eso, ella me dedicó una mirada fugaz junto con un intento de sonrisa desvanecida. Seguimos bailando y ella correspondía con plena soltura a los pasos más complicados que se me ocurrían sobre la marcha, adaptándose tanto a los movimientos clásicos previsibles, como a los que yo creaba con lentitud y pericia. Se divertía con el movimiento y la música, como era patente por su leve sonrisa que me dedicaba con mayor frecuencia, tras alguna evolución complicada pero exitosa y por su mirada dorada que de vez en cuando regresaba de la lejanía para posarla complacida unos segundos en mis extasiados ojos.

Debía estar cerca de los treinta años, calculé mentalmente. Alta y esbelta, de brazos largos, muñecas finas y un talle tan sensual, que se adivinaba interminable bajo la seda ligera y oscura de su vestido con reflejos de color violeta, exponiendo sus hombros y espalda hasta la cintura. Trigueña, de pelo negro ondulado según la moda exacta de esa temporada.

Al bailar, mantenía la mirada inmóvil, más allá de mi hombro. Aún así, podía ver que sus ojos eran de color miel casi transparente, realzados por la cantidad justa de rímel, ni un toque más de lo necesario, lo mismo que el carmín de su boca. Nada tenía que ver con las otras mujeres con las que había bailado antes: señoras maduras con perfume fuerte de lilas y pachuli, jovencitas torpes de vestido corto o faldas que apenas les cubrían la mitad de sus carnosos muslos y que se mordían los labios esforzándose para no perder el compás. Así empecé a enamorarme de aquella hermosa mujer

que la suerte puso en mis brazos, sin imaginarme siquiera lo importante que ella sería en mi vida.

Sin haberlo planeado, el corolario de aquella inolvidable sesión de baile ocurrió esa misma noche en mi habitación del hotel en que me hospedaba, donde al cerrar la puerta casi con violencia, nos acometimos sin más palabras ni contemplaciones, despojándonos de cuanto nos estorbaba para tocar la piel con nuestras desesperadas manos. Siguió luego un inmenso combate de sentidos, un largo encuentro de urgencias y deseos contenidos, que transcurrió tenaz y sin piedad por ambas partes, exigiéndome sangre fría para una batalla en tres frentes simultáneos: mantener la calma necesaria, controlar mis reacciones y sofocar los gemidos de placer para evitar que los vecinos de cuarto se percataran de nuestro loco encuentro, que nos hacía mirarnos con ojos asombrados por el placer feroz que nos ataba, recobrando el aliento sólo antes de un nuevo lance, con la avidez de quien resuelve al fin, casi con desesperación, un asunto muy personal. Fue una noche inolvidable que siempre guardé para mí, más aún porque al amanecer, descubrí mi cama vacía de su presencia. Huyó sin despedirse, sin dejar ni un indicio de su paso por mi vida, tan sólo un nombre que nunca olvidé: Diana Cortés.

Veintinueve años después, en una plaza comercial, caminando distraídamente, una pareja atrapó mi mirada: Un hombre joven, moreno y distinguido, vestido elegantemente, señalaba a su acompañante algo en las alturas de un edificio de Polanco, ella lo tomaba del brazo muy familiarmente, era una señora madura, también distinguida, con esa elegancia que no consiste en la ropa que viste sino en la manera de llevarla, caminando despacio, con esa manera de caminar de quien durante toda su vida lo ha hecho con seguridad sobre los pisos y las alfombras de un mundo que le pertenece.

Lo cierto es que, por un momento, con la rapidez de quien evoca el fragmento preciso de un sueño olvidado, me llegó el eco de un recuerdo remoto: su voz y su risa. Quedé paralizado al descubrir aquella imagen fascinante, transformada por el tiempo, era la mujer que por una noche cimbró mis sentimientos, mi cuerpo y mi vida entera, porque la busqué como desesperado por meses enteros sin poder dar con ella.

Los seguí al interior de la plaza hasta que hicieron una pausa en un café, tomé una mesa un poco distante a la de ellos y los estuve observando un buen rato, ni siquiera traté de ocultarme, seguramente no me reconocería, pues estaba seguro que la devastación del tiempo es más inclemente con los hombres. Pero en ella, apenas se notaba. En cierto momento su joven acompañante se levantó de la mesa dejándola sola, y sin dudarlo, la aborde:
-¿Diana?
Un observador imparcial abría admirado el temple de ella, pues todavía permaneció un par de segundos con los ojos en la revista que llevaba en sus manos y hasta después dirigió su mirada hacia lo alto, con gesto que pasa de

la indecisión a la sorpresa, y de ésta, al reconocimiento, quitándose las gafas oscuras, se toca los labios con la servilleta y exclama sorprendida:
-Dios mío… ¿Eres tú, Julián?
La luz artificial iluminó el iris de sus grandes ojos como yo los recordaba. Observo sus arrugas en torno a los ojos y la boca, manchitas de vejez en su piel, aunque lo despiadado del paso del tiempo no ha logrado borrar lo demás: la forma pausada de moverse, la elegancia de maneras, las líneas prolongadas del cuello y los brazos cuya delgadez acentúa la edad. Sentí júbilo al darme cuenta que recordó mi nombre, ¡no se olvidó de mí!
-Tantos años – dice ella poniéndose de pie - ¡Por Dios!
Yo la tenía tomada de las manos, mirándonos. Alzando su mano derecha, me inclino y el beso con sutileza, apenas tocándola con mis labios.
-Veintinueve, exactamente – verano de mil novecientos ochenta y nueve - lo digo con un ademán melancólico y una auténtica fatiga - ¿mucho, verdad?
-Lo suficiente para que me costara trabajo reconocerte.
-Tú, sin embargo, estás igual – le contesto convencido.
-No digas mentiras – me ataja rápidamente.
-¡Hablo en serio, mujer!
Ella me estudia con rapidez, mirándome de arriba hacia abajo.
-Has subido de peso, aunque no mucho.
-Más de lo normal, me temo – le digo con sinceridad.
-Yo te recordaba delgado, más alto… y nunca te imaginé con pelo gris.
-A ti, sin embargo, te sienta muy bien así.
Diana ríe con espontaneidad, sonora y vigorosamente, rejuvenecida por esa simple afirmación.
-Eres un mentiroso, así has de ser con todas las mujeres.
-No sé a qué mujeres te refieres, yo sólo recuerdo a una…
Guardamos silencio y ella sonriendo, aparta la mirada, como queriéndome decir algo más.
Fui yo quien lanzó el reproche:
-Pero andas muy bien acompañada… un hombre muy joven, por cierto.
Sin dar énfasis a su respuesta, me contesta:
-Es mi alumno, soy su maestra de tango, esta noche habrá una exhibición, es una gala en preparación para el campeonato continental. Estás invitado, ¿podrás acompañarnos? – es aquí muy cerca, en un hotel de Polanco.
-¡Pero claro que te acompaño! – contesté entusiasmado, recordando aquella nuestra noche mágica.

Todavía estuvimos conversando un largo rato, hasta que regresó su acompañante, un joven hombre muy apuesto, viril y de sonrisa fácil, se acerca saludándome con naturalidad, al estrechar mi mano, sentí una linda descarga de fortaleza física aunada a su mirada directa y reluciente.
-Soy Diego Cortés, mi mamá – levantó su mano izquierda para señalar a Diana - es mi maestra de tango – soltando una alegre y sincera carcajada, dejándome estupefacto y con la boca seca. Volví mi rostro avergonzado hacia

ella y sorprendí algo extraño en sus ojos, una fijeza insólita, penetrante pero tranquila a la vez. Recuperé el control inmediatamente y luego me despedí de ellos.
Antes de retirarme, Diana me detuvo sutilmente, sacó de su bolso un boleto para la gala de tango y me lo ofreció con amabilidad.
- Te esperamos entonces Julián, a las 8:30 pm, sé puntual – Diego nos miraba muy tranquilo y sonriente, asumiendo que yo era un viejo conocido de su madre.

Toda la tarde estuve pensando en ella intensamente. Ya pasaron veintinueve años desde aquella noche inolvidable... Nunca la pude apartar de mi mente. ¿Por qué no me dijo ella, que su acompañante era su hijo?
Y acudí a la cita, me recibió radiante y con su hermosa sonrisa: Ya verás a Diego, te va a sorprender, me dijo misteriosamente, y nos dispusimos a disfrutar del show.

A su hijo le tocó cerrar la exhibición - su pareja es descendiente de argentinos radicados en México – me dijo al oído Diana – yo la observé brevemente: trigueña, muy delgada y altiva, apropiada pareja para bailar tango, pensé.
En cuanto inició la música de un tango estilizado, un Diego desafiante y muy serio, con la mirada fija en su pareja empezó a bailar impecable, la hacía moverse al compás de la música, guiándola con leves ademanes y suaves movimientos de la mano que apoyaba en su espalda baja, a veces con simples miradas, deteniéndose en un corte aparentemente inesperado para que ella, con rostro inexpresivo y mirándolo a él con fijeza, se moviera a un lado y a otro, desdeñosa y lasciva al mismo tiempo, pegada de pronto al cuerpo masculino como si buscara excitar su deseo; retorciéndose con movimientos de caderas y piernas a uno y otro lado, en obediente sumisión, como

aceptando con naturalidad absoluta el ritual íntimo del tango – fue una interpretación perfecta, de principio a fin, de ensueño y sensualidad, que puso de pie a todos los que los observamos con total admiración. No pude evitar mis memorias de bailarín nostálgico, mientras aplaudía entusiasmado.

Después del show, me invitaron a la convivencia de los bailarines, Diana insistió en que los acompañara. Después de tomar algunas copas de Champagne nuestro ánimo seguía festejando la excelente ejecución de Diego y su pareja. Seguramente, ella pensaba también en la forma que bailamos nosotros aquella noche de nuestra historia.
De pronto, sin más introducción, ella dijo secamente:
-Diego es tu hijo...
-Quedé paralizado... No digas cosas absurdas, Diana – le dije titubeante.
-Por supuesto que no es absurdo, piensa un momento, su edad es 28 años, lo registré con mi apellido, ¿no te sugiere nada?
-Pero fue una sola noche... logré decirle con voz casi apagada.
-¡Qué torpe eres, Julián!

Después, con el bullicio de la convivencia, fue imposible volver a hablar a solas con ella, pasaron dos horas y tuvimos que despedirnos. Yo con emoción contenida, ella con mirada inquieta y apenas una sonrisa dibujada por sus labios recién retocados.
Obviamente no pude dormir ni un momento, concentrado en lo que me confesó Diana. No hice otra cosa que recordarla con la misma vieja fascinación. Pese a los años transcurridos, su belleza permanece fiel a su casta. Bueno, no igual que hace 29 años, pero su aspecto sigue siendo el de una dama distinguida, de movimientos suaves y tranquilos, trayendo a mi mente su magia antigua, triunfante entre su piel marchita, regada de marcas y manchas del tiempo y la madurez.

Descubrí con júbilo que mis recuerdos son dulces, como el encanto del amor pleno de una sola vez. Y aunque no floreció, porque el destino lo impidió, sí aprendí lo que es querer y lo que es sufrir, por su ausencia de tantos años.
Pero yo, la amo, reconozco convencido. Y aunque parezca un disparate absurdo, le pediré que se case conmigo mañana mismo, sé que me aceptará, tenemos un hijo y aun siendo viejos, merecemos la felicidad.

31 Mayo 2018

IRREVOCABLE DESTINO

Iván Rojo Oropeza

Sé que mi nombre de bautizo se perdió entre las hojas de los árboles gigantes, de los helechos arborescentes, y de las palmas, que cambian de color cada instante que recorre el sol a lo largo de un día, entre los sonidos de los animales, entre maíz, café, caña de azúcar. Muy pocos tienen el valor de subir hasta mi hogar. Vivimos a una hora del pueblo, en medio de la montaña, y digo una hora, si sabes caminar en el bosque. Él mismo paisaje, los mismos hombres rondan esta zona desde tiempos del imperio Totonaca, ellos se dedicaban a la agricultura y no eran una raza guerrera, de igual manera se mantiene la vibra del sitio. Todos en el pueblo tienen miedo, no sé si le temen a los árboles o a nosotros; los comentarios que escucho entre las personas grandes de edad, siempre dicen que sólo un loco podría vivir alejado, y que es peligroso por los animales fantásticos. Los ancianos tienen mucha sabiduría , parece que han leído el mismo libro varias veces y saben el final de memoria.

Camino en el pueblo al lado de Tadeo, un hombre de raza negra, afro mexicana, descendiente directo de esclavos de piel color de la noche; en ellos no sólo venía incluida una fuerza de trabajo, sino también todas sus emociones y su forma de externarlas, tan natural en las artes musicales. Tadeo es la única conexión segura entre nosotros y el pueblo, él conoce el camino y sabe andar en la naturaleza; sus servicios son requeridos muchas veces por extranjeros que le piden los lleve donde se consigue “la carne de dios”; él los guía hasta nuestra choza entre abundantes colores que parecen sacados de una historia de ciencia ficción donde la naturaleza domina el planeta.

Bola de Fuego es el guardián de la montaña. Juntos vamos a recolectar los hongos que pululan en la zona húmeda de la montaña y que destruyen el ego y mandan el mensaje directo de la Madre Tierra. Los curiosos viajeros que los prueban, lloran, cantan, ríen hasta que les duele la barriga; unos deciden pintar, y cuando regresan a su ser consciente (o inconsciente), nos dejan regalos fabulosos, libros, instrumentos musicales, inclusive tenemos un reproductor de música que funciona con baterías.
Todas las mañanas yo cruzo la selva a toda velocidad; últimamente tengo más energía que antes, siento que en mi está despertando algo. Llego al río donde bebo agua; en el reflejo veo a mi ser esencial, fuerte, lleno de vigor y con dientes cada día más grandes y filosos.

Hago mi recorrido trepando y saltando por las ramas de los árboles. La primavera ha llegado; en esta ocasión siento más calor que tiempos anteriores.
Percibo un aroma que excita mi olfato y me lleva como una misteriosa fuerza que me empuja mi ser hacia su destino. El aroma viene de una choza a orillas del río; me acerco y me levanto en dos patas para asomarme por la ventana: adentro está una hermosa muchacha vistiéndose, mientras canta y baila frente al espejo; su piel es morena y sus piernas largas y torneadas, y tiene cabellos negros peinados en largas trenzas. Hay un olor a carne cocinándose, pero no es éste el llamado del que fui presa. La joven sale de la choza y se dirige al río a lavar algunas ropas. Cuando me acerco un poco más para comprobar que el aroma que me excita proviene de la joven, tropiezo

con un pedazo de madera, que hace que ella vuelva sus bellos ojos hacía mí y pregunte: ¿quién anda ahí? Cambio mi pelaje por piel humana y me muestro sin ropa ante la mirada de la joven que no deja de verme, sonríe y pregunta por qué estoy desnudo.
Decido, entonces, contarle mi historia: No soy un niño, pero tampoco soy un adulto. Vivo con mi maestro, Bola de Fuego, en comunión con la Madre Tierra, desde hace diez años. Tengo muy pocos recuerdos de mi vida antes del bosque, así que para mí es como si hubiera nacido aquí. Quedamos absortos en nuestras miradas, con el río como único testigo de un acto de la naturaleza: el comienzo de la vida sexual de dos primerizos en las artes carnales; nos besamos y de inmediato percibo la piel de su espalda erizarse mientras acaricio sus hombros; siento como si mi corazón comenzara a golpear unos

tambores, a un ritmo que proviene desde mis entrañas; la tomo del cuello y ella también comienza a acariciarme la espalda; el ritmo de los tambores aumenta, en velocidad e intensidad; muevo mis manos para tocar sus senos y comienza un cosquilleo que se manifiesta en mi cuerpo; ella vuelve a reír, pero no se detiene en su búsqueda de placer, tocando cada rincón de mi ser y despidiendo un aroma que me hace enloquecer: ¡su sudor, su saliva, su cabello! Todo huele exquisito. Es como si alguien colocara los olores más excitantes en un solo ser, Tendidos en la hierba, abro sus piernas, toco sus muslos carnosos, húmedos por el momento; nos fundimos en un instante, la explosión de sensaciones nos eleva al ritmo de mil millones de tambores. Siento mi pupila dilatar, voy a explotar; la fuerza que me llama en este momento es más fuerte que cualquier instinto antes conocido. Arranco su vestido destrozándolo en una sola maniobra, mis movimientos se asemejan a un tren sin frenos, y sin rumbo también, ella comienza a molestarse por el nivel de brusquedad que se eleva en un instante, justo cuando la explosión detona. Vuelvo a recobrar la razón, mi cuerpo se transformó en el lobo que soy, la joven yace sin respirar a mi lado, veo la sangre en mi cuerpo, siento su sabor en mi hocico, le mordí el cuello y no deja de sangrar, el sabor me enloquece desconecta(o conecta), y devoro su carne que hace unos instantes estaba llena de vida y de sensualidad; después arrojo el cuerpo, o lo que queda de él, al río.

¡No puedo descansar!, Siento que soy otro, mi cuerpo exige más y más de eso que pasó. Mis necesidades cambiaron abruptamente. La comida no me sabe igual, el aire no se siente como antes, mis movimientos son más bruscos.
Termino mi tarea junto con Bola de fuego. Él sabe todo antes de que siquiera se fecunde una idea en la cabeza de las personas. Hacemos tambores con pieles de animales que murieron de forma natural para que así puedan seguir aullando después de muertos; Tadeo los vende en el pueblo e incluso él da clases de música y percusión, lo cual es su misión en la vida, nos cuenta mientras deja salir del reproductor de música, sonidos estridentes, ritmos feroces, es música compuesta por gente de su raza, que se asemeja a el ritmo de mi corazón justo en el momento que todo cambió. ¡Siento como habla sin palabras, corre sin moverse y vuela sin alas! , está dentro de mí.

Bola de fuego siempre ha sabido que llegaría el momento en el que yo despertaría; fue por eso me dejaron aquí, y por eso es un maestro tan singular, contrario a lo que se pensaría no dice nada al respecto, mejor ,nos cuenta un sueño que tuvo gran importancia para él ; -Estaba bailando entre estrellas y cometas , los planetas eran los músicos y el sol el orquestador ,mi compañera de baile era un maniquí , completamente desnuda y sin vida ,aún con su falta de latidos era un maniquí hermoso ,la música no dejaba de sonar mientras aparecían estrellas fugaces que dejaban caer el vestuario ,pieza por pieza, primero el vestido ,el cual yo colocaba en mi acompañante, después los zapatos ,solo falta un accesorio ,el cual fue la luna que me regaló con su brillo nocturno, entre mis manos colgaba un collar, al momento de

colocarlo el maniquí se transformaba en una mujer de carne y hueso , y bailábamos esperando los sonidos de la eternidad- después nos dijo a Tadeo y a mí que nadie más podía subir a la choza, y que no tendría más contacto con las personas.
Han pasado varios días desde que mi instinto despertó, me muestra el camino hacia mi nuevo destino: observo desde lejos; esta vez el olor es diferente y proviene de ,como una fruta traída de otro país, una joven, de piel blanca, quien grita pidiendo ayuda a sus acompañantes para que la auxilien con su canoa que está atascada en la orilla del río; decido presentarme sin mostrar mi piel humana, su figura es algo que nunca habían visto mis ojos , como pintada por algún artista ,sus colores son armonía para la paleta de la vida ,un ángel que se quita el salvavidas y me deja olfatear su piel de una forma más nítida, ella se espanta por un momento, pero sigo mi camino y demuestro mi lado doméstico para que me tenga confianza, consigo acercarme hasta sus piernas donde me siento como entre las nubes, me comienza a acariciar y dice: ¡un chien!* Paso mi lengua por su cara, sus brazos, sus piernas; ella no para de reír por los nervios, en un movimiento donde abre las piernas para no caerse debido a mi emoción, llega a mí el olor de su periodo, es impresionantemente intenso y me incita; en ese momento siento mis pupilas dilatarse de nuevo, los tambores comienzan su bailoteo furioso y estridente, de un salto muerdo su cuello haciéndola caer al instante; mientras devoro sus muslos escucho que gritan: ¡Simone!¡Simone! Jalo el cuerpo hacia la maleza antes de que puedan siquiera acercarse las personas; cuando llegan solo hay sangre y huellas de un animal de cuatro patas y un rastro que se pierde unos cuantos metros entre los árboles.
Es de noche y mi apetito está satisfecho. Siento el calor arder dentro de mí mientras tendido en el piso miro la fogata que encendió Bola de fuego: es espectacular; puedo ver entre las brasas una imagen en movimiento: soy yo devorando el cuerpo de la joven entre la maleza.

Se miran, a la distancia, unas antorchas que van subiendo hacia nuestro hogar. Sin darnos cuenta alguien se nos acerca por detrás: ¡es Tadeo, y está herido! .Mientras le damos agua, él nos relata lo que sucedió en el pueblo: el padre de la joven de piel blanca reunió gente para cazar al animal que mató a su hija; preguntando en el pueblo los viejos confesaron lo que todo mundo sabe y teme; se pagó una cantidad fuerte de dinero para que la gente olvidara el miedo; luego, mediante tortura obligaron a Tadeo a decirles cómo llegar aquí; tomando un atajo se les adelantó para advertirnos. Es imposible que alguien o algo pueda hacerle daño, es tan fuerte y tan grande, pero ahora está herido aquí tirado en el piso .
De repente se escuchan pasos y voces: ¡Quietos o disparo!

Bola de fuego me abraza y dice en mí oído con voz suave: ¡Corre! Antes de hacerlo, lo rodeo con mis brazos, con tanta fuerza que me parece que lo desintegro, como si fuera un día cualquiera, en un momento cualquiera;

-corre -, justo termina de hablar, mis brazos ejercen tanta fuerza, parece que lo desintegro; al mismo tiempo en que Bola de fuego se convierte en muchos pájaros que vuelan hacia los intrusos obstruyendo su visión. Doy un salto hacia la derecha para despistar a los atacantes, y corro en dirección opuesta. Escucho disparos pero no volteo; corro con todas mis fuerzas, parece que no toco la tierra mientras avanzo como un rayo en el bosque. No me detengo a pesar de que mis cuatro patas ya no tienen fuerza. Desgarro mis músculos de tanto esfuerzo, finalmente caigo rendido; despierto aturdido, me desmayé, ¿cuánto tiempo? Volteo hacia atrás y miro a lo lejos la montaña donde alguna vez conviví con Bola de fuego. Me pregunto si lo volveré a ver, o a sentir. Ha transcurrido menos de un día, se puede ver los restos de la choza incendiada por el deseo de una venganza que no se logró.

Está amaneciendo, me encuentro río arriba, nada es para siempre, tengo que acostumbrarme a los cambios, aunque impliquen el tener una maldición divina sobre mí. ¿Qué es ese olor? Me seduce, ahora, un pañuelo de seda, hacia mi nuevo destino.
(*) Un can; lengua francesa

20 de octubre

LA GRAMÁTICA DE LOS ÁRBOLES

(Una Fantasía o una Realidad)

Eduardo Rueda

Sucedió en una bella población aldeana en el año de 1852, asentada en las márgenes de un alegre y cristalino río.

A unos 800 metros de aquella población, habitaba en un pequeño castillo de sólo 5 habitaciones un hombre solo, cuya únicas compañías eran su mayordomo y un pacífico perro llamado Tinta. Los aldeanos sabían que aquel hombre de unos 50 años, era un escritor. Cada año habitaba el castillo unos seis meses, en el largo invierno se ausentaba para retornar a mediados de la primavera.

Una vez a la semana, los domingos, recorría las calles de aquel poblado, cuyo nombre era Villa Fulgor. La gente lo saludaba con amabilidad y respeto y sentía cierto orgullo de convivir con alguien de apariencia distinguida y culta actividad.

Un domingo no recorrió aquellas calles y un joven que secretamente era su gran admirador, se atrevió a ir al castillo para preguntar por su ausencia; el mayordomo le dijo que había desaparecido, pero que esto pasaba de vez en cuando, sin embargo, en esta ocasión estaba preocupado, pues ya llevaba cuatro días sin saber de él.

Dos días más tarde, el escritor apareció en su habitación con semblante feliz, vital y tranquilo. Después, con el tiempo, el mayordomo le dio a conocer al joven que indagaba, lo que el escritor le narró.

Dijo el escritor:- El día de mi desaparición estaba escribiendo un párrafo y buscaba en el bosque de mi gramática mental, una palabra que necesitaba; al escribir la letra U, mi pluma se detuvo, literalmente se pegó la letra y mi mano a la pluma, no podía despegarme de ella y de pronto adherido a la pluma, me fui empequeñeciendo hasta introducirme junto con mi pluma en el mero fondo de esa letra.

Al caer en la profundidad de la U me encontré en un valle pleno de árboles con ramas llenas de palabras. Me recibió un duendecillo, que con claridad y alegría me dijo:- Señor Flaubert, sabemos que usted busca una palabra para completar un párrafo de la página 189, de la novela que lleva casi cinco años escribiendo. Dice usted que la titulará Madame Bovary; mire se encuentra en la comarca de las ideas y nosotros lo hemos traído hasta aquí en reconocimiento a su esmero, es usted un modelo de constancia y precisión, pule cada idea con palabras exactas que describen genialmente su escritura.
Flaubert quedó extasiado, el duende lo paseó para que conociera los distintos árboles. Le mostró el árbol de las comas, el de los puntos, el de punto y coma, el de punto y seguido y el del punto y aparte.

Permaneció horas, días, frente a otros árboles, estaba cautivado con el árbol de los párrafos y con el de las comillas. Se detuvo mucho tiempo en el árbol del sinécdoque y en el de la metonimia. Luego visitó el árbol de las anécdotas, el de la narrativa, el del ensayo. Después, se mantuvo horas completas frente al árbol de la poesía y luego contempló el árbol del cuento que estaba junto al de la novela y por último el de etc, etc.

El duende anfitrión le dijo: ya permaneciste aquí varios días, ten esta alforja y te llevarás de regreso lo que tú quieras cortar de estos árboles. Flaubert regresó a su habitación de escritor y su mayordomo se sintió feliz. Dos meses después concluyó su novela, el mundo se admiró y se estremeció con su liberal, hasta erótico contenido.
Desde entonces hay quien cree que Flaubert, desde hace siglos, habita en la comarca de las ideas, junto con duendes y muchos famosos escritores que ya desaparecieron de este mundo.

Ahora les confesaré, hace poco al estar escribiendo, al parecer, entré en trance, pues seguí escribiendo sin control y al recuperarme he aquí lo que anoté o que alguien me lo dictó:
“Soy Flaubert y los invito a que cuando escriban sean tremendamente inconformes, luchen sin denuedo contra la mediocridad, no se complazcan con las frases perezosas, esas que se definen como hay se va, o, hay como quede. Aun cuando la narración exija lenguaje sencillo y palabras coloquiales, acomódenlas con precisión.
Huyan de la confusión verbal y localicen en su propio bosque gramatical, lo inusual, lo asombroso, lo que al final de la lectura permita que el lector afirme, incluso siglos después; lo que acabo de leer, me dejó aún más extasiado, que lo que sienten los que defienden y recomiendan el profundo uso de la cannabis sativa, es decir, la marihuana inspiradora”

Octubre 2016

LA HIPÓTESIS NULA

Antonio R. Quiroz A.

Sabe que no está loco; está consciente de que sus modales refinados, rayanos en la afectación, le atraen cierta antipatía ¡pero de eso a ser un demente!
Percibe las críticas de quienes consideran que lleva su pulcritud al extremo. Ignoran que bañarse y mudar de ropa tres veces al día, es un argumento elemental para todo publirrelacionista que se respete.

Les molesta que no salude a nadie de mano. Murmuran por el celo con el que guarda en su escritorio el jabón importado que utiliza para lavarse las manos con asiduidad. En ese compartimento, no falta nunca el gel antibacterial que aplica como remate del ritual del aseo. Ahí mismo, coloca, blanca e impecable, la toalla que a diario renueva. En ese cajoncillo lo único que varía, es el frasco de loción: cada mes, con precisión matemática, cambia de fragancia. Si la gaveta que guarda esos tesoros está protegida con doble chapa y candado, es para impedir que alguien hurgue en ella y los impurifique.

Con facilidad desestima los rumores que califican su rutina higiénica como manía. Nada más juicioso que esos hábitos para preservar la salud en una ciudad tan contaminada como ésta. Si no utiliza cubre bocas, es porque está convencido de que eso estropearía su apariencia.

En lo que todos están de acuerdo es en el buen gusto con que viste. Siempre de traje, sin discusión de tonos oscuros. Para resaltarlos, sólo porta camisas blancas, a las que durante el proceso del planchado se les ha agregado almidón extra. El complemento perfecto son corbatas de tonos tenues y dibujos exquisitos. Las emplea aún los viernes, en esta época en que ya nadie, ni los altos jefes las utilizan.

Sabe que llama la atención de las dependientas en las tiendas departamentales que frecuenta cuando pide por duplicado cada artículo que adquiere: ropa, accesorios, lociones, licores. Ellas desconocen que la prevención es esencial para un sibarita. Por eso lleva en la cajuela de su auto una muda idéntica a la que utiliza en ese día específico. Si por una catástrofe alguna parte de su atuendo se mancha, de inmediato la cambia por su par en la cajuela: nadie debe apreciarle una mácula. Tampoco nadie debe percatarse de que ha disminuido la intensidad del inesperado aroma que emana su loción. Por eso, ha preestablecido una periodicidad con la que regularmente la aplica.

Si por casualidad acuden a un bar donde no hay su bebida favorita, de inmediato, envía un mesero al maletero del auto por la botella de Johnnie Walker etiqueta azul. No le importa pagar el elevado derecho de corcho. Para él, todo esto es refinamiento, no manías.

Las escasas, pero muy escogidas amistades con que cuenta lo encuentran bien parecido, de aspecto elegante, fácil de palabra; hasta simpático podría decirse. Muy enterado del panorama nacional e internacional sobre tópicos políticos, no deja de lado los chismes de los famosos, de manera especial los de la realeza. Adicto a la nota roja, nunca falta su pormenorizado comentario relativo a los crímenes de actualidad; en particular los de asesinatos en serie. Además de estos atributos, con sus clientes despliega toda su habilidad y conocimiento sobre temas económicos. Está al tanto lo mismo de los mercados de Helsinki que de los de Rabat o los de Quito. Ejerce todo su poder seductor, lleva las negociaciones al terreno que le conviene, asegurándose de obtener beneficios rentables para su clientela.
Nadie de ese restringido círculo podría señalar un solo detalle que hiciera dudar de su probidad y ecuanimidad emocional.

Hoy lee despreocupadamente el encabezado de la nota roja: “Raptóla, violóla y matóla”. Continua el reportaje describiendo un décimo asesinato perpetrado en condiciones semejantes: todas mujeres de entre treinta y cuarenta años; atractivas, de buena posición económica, deducido por las escasas prendas que conservaban: anillos, aretes, reloj o collares. Las diez fueron encontradas abandonadas en baldíos diversos de la zona conurbada del Estado de México; desnudas, con las medias enlazadas a manera de bufanda en el cuello. Con la particularidad de que las víctimas sufrieron estrangulación directa por las manos del asesino, quien estaba colocado a sus espaldas. Otra peculiaridad es que les fue pintada la boca con lápiz labial negruzco, y se les maquillaron profundas sombras negras en los párpados. Tonos que resaltaban la palidez cadavérica de las mujeres.
La mayoría presentaba contusiones y abrasiones diversas en diferentes partes del cuerpo. La gravedad de las lesiones variaba de leve a moderada:

sólo cuatro de ellas presentaban lesiones graves. Las diez mostraron múltiples quemaduras por cigarrillo, aún en los genitales.
Se llegó a la conclusión de que las lesiones se produjeron al menos diez horas antes de que fueran asesinadas. A todas se les encontró alcohol en la sangre y en el estómago, donde además, había gran cantidad de restos alimentarios. Por lo anterior se dedujo que las victimas convivieron con el asesino unas cuantas horas, y tuvieron relaciones o fueron violadas varias veces cada una de ellas. Todas sufrieron penetración anal.
Termina la nota asentando que las investigaciones llevan al supuesto de que las víctimas conocían al agresor. El perfil sicológico elaborado por la siquiatra forense encargada del caso es el de un individuo sicótico, de edad madura, con seguridad atractivo, de carácter seductor, que no tiene dificultades en acercarse a sus víctimas y atraerlas. Luego, establece relaciones sadomasoquistas con ellas. Cuando la víctima no resiste más el castigo, la personalidad esquizoide del agresor se manifiesta y en ese estado de obnubilación mental las sacrifica. Fuera de esta situación, el victimario puede conducirse con toda normalidad.

El final de la nota es lo que le molesta, sabe que no está loco, y que nadie del ambiente en que se desenvuelve podría relacionarlo con el caso, pero ¿por qué la siquiatra se aventura a establecer la teoría de que el responsable de los asesinatos es un desquiciado? ¡Tenía que ser mujer! Desde que apareció declarando a los medios televisivos percibió en ella una relación de competencia y menosprecio con el género masculino.

No debe tener más de cuarenta años. La abordará en su mismo centro de trabajo, no le será difícil mostrarse como un hombre de mundo, dispuesto a establecer una buena relación; irán a algún barecillo, tomarán whiskey; a medianoche se dirigirán al escondite de Tecama, y ahí le demostrará que tiene pleno domino de las relaciones sadomasoquistas. Al final, con toda justificación, tendrá que estrangularla para que esa sicóloga de pacotilla no siga propalando hipótesis descabelladas. Él sabe que cuenta con un buen número de testigos de calidad, de una conducta no sólo intachable, sino ejemplar.

LAS MARIPOSAS Y LAS LUCIÉRNAGAS

Arturo González Jiménez

Un fuerte dolor en el pecho me ha sacado de un inquieto y volátil sueño.

Abro los ojos, y soy sorprendido por multicolores mariposas volando a mí alrededor.

De inmediato, vuelve a mi mente mi lejana experiencia, cuando era adolescente, y empecé a ejercer mi magisterio, en el pequeño poblado de Cinco Minas, perdido en la Sierra Madre Occidental, en el estado de Jalisco, casi en los límites con Nayarit, con las luciérnagas que me visitaban, noche a noche, e iluminaban mi cuarto, formando con su vuelo, cual Polvo de estrellas, formaciones que, según interpretó una anciana lugareña, eran mensajes para despertar mi imaginación.

Acaso, ahora, las mariposas...

Pero,... ¿dónde estoy?

Tengo más de cincuenta años. Recibí, recientemente, la Medalla Maestro Rafael Ramírez, como reconocimiento a mi trabajo como docente, siempre de primaria. Es lo único, que se ha salvado, por el momento, de ir a parar al montepío, para permitirme sobrevivir con mi exigua pensión anticipada.

La incomodidad provocada por un vendaje que constriñe mi pecho, dificulta mi incorporación para acercarme a la ventana, a través de la cual, las mariposas entran y salen, como si algunas estuvieran ansiosas de curiosear el cuarto en que me encuentro, mientras que otras salieran presurosas para comunicar a las demás lo que habían visto.

Y, para esto,... ¿Qué hora es?... ¡Casi las tres de la tarde!

A través del bosque que rodea la casa, en Ocosingo, a la que una de mis exalumnas –que ahora ya peina canas, me invitó para pasar el fin de año, con todos los gastos pagados, un VTP terrestre –como lo calificó ella para convencerme a venir aquí, admiro la lluvia que se va calmando –aquí llueve un día y otro también, a lo largo del año-, y el sol que reaparece y... ¡El arcoíris, que engalana el cielo, sobre los montes, hacia el oriente!

Recuerdo, entonces, palabra por palabra, un manuscrito que me regaló un maestro originario de Argentina, refugiado en México desde finales de los setenta, sobre una bellísima leyenda acerca del arcoíris, que yo leía a mis alumnos niños, a la primera oportunidad que se me presentaba:

“Siete mariposas vivían, hace muchos siglos, en el corazón de la selva correntina, cada una tenía un color distinto. Despertaban la admiración de todos los habitantes del monte y, al volar, ¡Qué hermoso efecto producían en el verde follaje!

Cierto día, una de ellas se hirió con una larga espina. La herida era fatal, y al comprenderlo, las mariposas restantes ofrecieron cualquier sacrificio para evitar que la muerte separase a su compañera. Entonces oyeron una voz que les dijo: ¿Están dispuestas a dar la vida con tal de permanecer juntas? Todas contestaron que sí.

De inmediato, negros nubarrones oscurecieron el cielo y se desató una fuerte tormenta de viento y lluvia. Un remolino envolvió a las siete mariposas elevándolas hacia el infinito.

Una vez restablecida la calma, el sol volvió a brillar con más fulgor que nunca, y al mismo tiempo aparecía en el firmamento un extraño arco luminoso, formado por los siete colores: los mismos que tenían las mariposas del bosque. Eran sus almas que continuaban unidas para siempre en el cielo.” *]

¡Tengo sed! Y, esta venda que... Pero, ¿qué es esto? –me pregunto al percatarme de que mis dedos están teñidos de rojo, ¡Sangre! ¡¿Estoy herido?!

Y entonces, mi veleidosa memoria, de corto tiempo, me hace rememorar mi terrible experiencia reciente:

Después de compartir una opípara cena, para despedir al Año Viejo, 1993, en la hacienda de la familia de mi exalumna, y en la cual no pude evitar romper la dieta que debo guardar por mi diabetes, fui, con ella y su familia, a ver los festejos en la plaza principal de

Ocosingo. La música de marimba, tan típica en todo Chiapas, hacía bailar y cantar a la muchedumbre ahí congregada. Había en la plaza, gentes de todos los estratos sociales: desde ricos hacendados y comerciantes hasta humildes campesinos y tímidos indios, -adultos, ancianos, niños de ambos sexos, aunque eso sí, departiendo sin mezclarse.

Estábamos admirando los fuegos artificiales, cuando por un lado de la plaza apareció un grupo de gente vestida de negro, con los rostros cubiertos con pasamontañas, y blandiendo desde armas de fuego de diverso calibre, hasta afilados cuchillos y machetes. Minutos después, del lado contrario, se incorporó un contingente del ejército, lanzando disparos... ¿al aire?

A partir de ese momento, el caos reinó en la plaza de Ocosingo, aun iluminada por los menguantes fuegos de artificio. La abigarrada multitud corría despavorida, en todas direcciones, buscando resguardo en la iglesia, en el palacio municipal o en cualquiera casa o lugar que estuviera abierto.

Estupefacto, yo no me moví de donde estaba parado, sino hasta que el hijo mayor de mi exalumna me jaló del brazo, y juntos corrimos hacia el hospital, en las inmediaciones de la plaza.

Cuando empezamos a oír que el tronido de los disparos aminoraba, aun cuando los gritos, insultos y lamentos persistían y hasta, angustiosamente, aumentaban, decidimos salir de nuestro refugio, para regresar a la hacienda. ¡No lo debiéramos haber hecho!

A un lado de una de las trocas, en la que nos habíamos transportado de la finca de mi alumna a la plaza de Ocosingo, y que dejamos estacionadas a unas cuadras de la misma, fuimos conminados a detenernos, por un par de soldados, tan asustados o más que nosotros.

Lo último que recuerdo es a mi custodio abriendo la portezuela del vehículo, seguramente buscando su identificación, y los fogonazos lanzados por las armas de los hombres vestidos de verde, seguidos de las balas, una de las cuales rozó mi pecho.

¿Qué pasó después? ¿En qué parte de la hacienda estoy? ¿Quién me trajo aquí? ¿Qué le sucedió al hijo de mi alumna? Y, ella, con el resto de su familia... ¿Están bien, a salvo?

Nunca antes me había sentido tan solo y desamparado. Con un nudo en la garganta y lloro a grito abierto, por no sé cuánto tiempo.

Salgo del lugar en que me encuentro: Es una covacha, en medio del bosque, seguramente usada como almacén provisional para lo que pueda ofrecerse.

Al mismo tiempo que yo, salen las últimas mariposas visitantes.

Su volátil compañía precede mis pasos en el resbaloso suelo, monte arriba.

“Ellas te llevarán a encontrar tu nuevo camino”-me parece escuchar que me dice la inolvidable anciana de Cinco Minas, que develara para mí, el mensaje de las luciérnagas.

El día languidece mientras yo camino. El crepúsculo tiñe de naranja y púrpura, el horizonte a mis espaldas, cuando, precedido todavía por las mariposas -que de manera paulatina se han ido desvaneciendo en la creciente penumbra, me encuentro con un grupo de siete indígenas: un anciano, dos mujeres maduras, una mujer joven, dos jovencitos –casi niños- que cargan, con extenuante dificultad, en una parihuela improvisada con dos gruesas varas y un jorongo de lana, un cuerpo exánime, cubierto con una manta teñida con los colores del arcoíris sobre un fondo negro.

Sin cruzar palabra, me incorporo al grupo, y caminamos en dirección contraria a la que se está ocultando el sol, buscando un nuevo amanecer que, ellos y yo, anhelamos que alguna vez será más propicio que los de los ayeres que nos han traído hasta aquí.

Reina una oscuridad casi total cuando reaparecen, en mi vida, las luciérnagas, y entonces...

*1 Inés de Iriondo. Leyenda del arcoíris. www.slideshare.net

NATURALEZA

Vinicio Peña Acevedo

Mi tía, su marido y yo vivimos en un lugar y región donde hay mucha vegetación, hay árboles muy frondosos, donde moran un sinnúmero de pajaritos y desde muy temprano cantan y cantan, y, gorgorean sin parar, veo que son felices. Esto parece un paraíso, pero entiendo que no lo es, no porque mi tía me ha dicho que solo hay uno y que para llegar ahí debemos portarnos bien y morir y yo estoy vivo; aparte cuando mi tía se molesta conmigo, me dice que voy a ir al infierno; pero no creo que ahí me aguanten, porque soy muy latoso. Me han dicho que ahí hace mucho calor, pero no creo que haga más que aquí donde vivo.

La verdad, donde vivo, nada le falta para ser un paraíso, cuando llueve se viene el frescor y, cerca de aquí hay un arroyuelo y se llena de agua y entonces cuando cae la noche las ranas hacen su fiesta , cantan y cantan creo que toda la noche, parece una gran orquesta o varias orquestas y se oye muy hermoso, hasta arrullan a uno y más de uno, porque veo que mis tíos salen a escucharlas y se ve que las disfrutan; generalmente esto sucede cuando caen los primeros aguaceros de mayo.
La tierra humedece, cambia todo, hasta las miradas, hay sonrisas diferentes y hasta parece que la madre tierra da las gracias al que tuvo a bien enviar el chubasco que vino a limpiar y refrescar el medio. Hasta los lugareños, la gente del campo se les alegre el rostro, los arboles reverdecen y todo mundo camina más aprisa como si les hubiesen inyectado el ánimo.

Mis tíos dicen que eso es lo que vale la pena de este lugar, no la experiencia que tuvieron el otro día que fueron a pasar unas vacaciones a la ciudad con otro tío, que no dejaban de pasar vehículos que hacían mucho ruido y, de repente unos sonaron fuerte muy fuerte el claxon, rechinaron las llantas, se detuvieron y se gritaron en voz alta, no sé qué se dijeron pero al parecer nada agradable, se veían levantar las manos, menequeaban, al parecer se

decían palabras altisonantes, finalmente se fueron. Y es que mi tío vive sobre avenida.
¿Verdad que no se parece una cosa a otra? Aquí las ranitas nos arrullan con músicas de sus pulmones para que durmamos felices y soñemos con otro mundo, y cuando estaáamaneciendo el cantar de los pajaritos, el chiflar, el trinar y gorjear nos están diciendo que ha llegado un nuevo día.

Por donde está la troje, ¡guau... ¡guau...!guau...guau...guau!, es el perro que moviendo la cola empieza a ladrar queriendo ir a saludar a su papa (su amo), las gallinas se estiran y, ¡koko...koko...kokoko! Kikirriki, su protector el gallo, gordo, gordo, gordo y piujj, piujj, un totolee que con las plumas de sus alas barre el suelo y le coquetea a una tórtola que le contesta con un ¡tio, tio, tio pioj, pioj! ¡Ummm, ummm!, una vaca que acariciando a su crio lo amamanta mientras rumia; aun lado resopla, resopla fuerte y rasca el suelo con las manos, es un toro que dando unos pasos hacia su amo avanza viéndole las manos por si de pura suerte se acordó de él y le lleva unos granitos de sal o algunas hojas secas de maíz para engullirlas; más atrás un caballo relincha y sacude su crin, de más allá el borrico que acariciando el aire retoza, ha despertado y quiere que lo vean.
Mi tío abre la puerta y.... ¡miau, miau..., miau!, es el gato que de algún rincón ha salido y está dispuesto también a disfrutar la mañana. Nos asomamos y allá en lontananza tras algunas nubecillas se están haciendo presente el astro rey; mas en lo alto otras nubecillas navegan de prisa porque ya les alcanzo el día, levantando la vista un par de zopilotes con sus alas extendidas vuelan allá en lo alto que seguramente van en busca de alimento.

El aire a su paso y sin detenerse acaricia a todo ser viviente y a la faz de la tierra, como celebrando que ha comenzado una nueva temporada de agua, teniendo la oportunidad de contemplar el paisaje que nos rodea.
Miro el bosque y veo columpiarse de los árboles que con sus ramas se saludan y se acarician, parece que algo murmuran entre sí, como presumiendo el gozo del séptimo cielo.
Y aquí termino solamente por dibujar parte de lo que realmente sucede en un pequeñísimo rinconcito de mi patria.

¿NO QUE TE QUERÍAS IR CON ÉL?

Elsa Rodríguez Osorio

Apenas recuerdo cuando mi papá murió. Estaba en la casa de una amiga de mi mamá que me cuidaba, mientras ella atendía a mi papá en el sanatorio. Jugaba con mis muñecas cuando sonó el teléfono, corrí hacia donde estaba diciendo: ¿Es mi papá, vedad?" La señora descolgó el aparato y luego de un momento dijo:
"Si, ven, vamos a tu casa"
En la casa había mucha gente, mi mamá me abrazó llorando, yo me desprendí de ella y vi sobre la cama a mi papá tapado con una sábana. Después me pusieron un vestido negro y en varios autos seguimos la carroza donde habían puesto a mi papá. MI mamá me apretaba y me decía llorando: "Ya se fue tu papá, ya nos quedamos solas". Pasamos por muchas calles y finalmente llegamos al panteón. Unos señores hicieron un hoyo y empezaron a descolgar la caja donde estaba mi papá. Mi mamá llorando intentó tirarse sobre él, pero la detuvieron. Cubrieron la caja con muchas paladas de tierra y sobre la tumba pusieron muchas coronas de flores. Luego la gente comenzó a despedirse y al final la tumba se quedó sola.

Regresamos a casa, los primeros días fueron muy tristes, mi mamá lloraba y yo también. Extrañaba a mi papá cuando llegaba del trabajo en las tardes, yo corría a calentarle su té de hojas de naranjo en un bracerito que él mismo me había hecho. También cuando en una mesita me ponía a escribir aeees y oees y a repasar en el silabario "mi mamá me mima", "ese oso se asea".

El tiempo pasó, mi mamá trabajaba en un salón de belleza y yo empecé a ir a la escuela. Un día llegó una familia a vivir enfrente de la casa. Mi mamá

me dijo que venían a cuidar el terreno que antes cuidaba mi papá. El papá se llamaba Rodolfo y era carpintero, la mamá Ernestina, tenían tres hijos Yolanda, Aarón y Rogelio, más o menos de mi edad, luego luego nos hicimos amigos. Jugábamos mucho. A doña Blanca, a las traes, a Naranja Dulce...
Un día mi mamá me dijo que iríamos al cine, me dio mucho gusto, me encantaban las películas de Cantinflas. Ya en el cine, nos alcanzó Rodolfo, me extrañó que no trajera a sus hijos, pero no dije nada. Salimos del cine y fuimos a casa de Queta, una amiga de mi mamá donde me dejó un ratito porque Rodolfo y ella iban a un mandado. Así fueron varias veces, nunca regresábamos juntos a la casa, nosotros primero y más tarde Rodolfo, quien me compraba dulces y me consentía y yo estaba muy contenta.

Una noche oí muchos gritos y portazos en la casa de los vecinos .Ernestina lloraba y Rodolfo protestaba. Al día siguiente unos trabajadores pusieron un alambre de púas para dividir las dos casas, y además instalaron una puerta de entrada aparte para nosotros. Nunca supe por qué, pero lo que más me dolió es que ya no me dejaron jugar con mis vecinitos.

PIEDRA, PAPEL O TIJERA...

María Adriana García Bustos

Para Cuautli y Centli

Ninguno pudo precisar el momento en que se quedó solo y se convirtió en un personaje más de la vida cotidiana del vecindario.
Salía de aquella casa antigua cuyas ventanas daban a la calle, las que había clausurado clavándoles unas tablas, desde que murieron sus padres. Cerraba el portón de madera e iniciaba su caminata con la interrupción predecible. Después de dar unos pasos, escudriñaba con detenimiento el suelo, se agachaba a recoger la piedra que estorbara su paso y la guardaba en la bolsa del saco. Repitiendo la misma acción a lo largo del camino.

Para mis ojos de niña, lucía muy alto y delgado. La camisa a veces limpia pero arrugada, el pantalón holgado apenas sujeto por unos tirantes que se asomaban, ante la ausencia de botones del saco. Los enormes zapatos que con dificultad arrastraban aquellos pies sin calcetines. Por el balanceo de su melena despeinada, parecía que era como una palmera de coco que se alejaba. Su singularidad era fascinante.

Lo seguía con la mirada hasta el final de la calle donde lo veía desaparecer al doblar hacia la avenida. Esperaba su regreso desde mi ventana, cargado de cajas de cartón y periódicos amarrados con un lazo.
– ¡Fue a la Universidad, era Físico!, pero de tanto estudiar perdió la razón- escuché decir a mi madre más de una vez.
–Te digo que no fue por eso. Fue porque la mujer lo abandonó y se llevó a los hijos. Llegó hasta el manicomio. Cuando salió sus padres le dejaron la casa y se regresaron a Jalisco de donde son, de vez en cuando lo visitaban ellos o los hermanos – le replicaba mi padre.
–Sí era Físico y de los buenos. Cuando estuvo trabajando en Estados Unidos lo mandaron a la guerra de Vietnam y de ahí regresó loco – aseguraba mi tío.

Las explicaciones que cada familia daba a los más jóvenes, nunca coincidieron. Salvo en que había sido brillante en otros tiempos y que sus parientes eran gente de dinero.
Contrario a lo que sucedía con los demás niños yo no le tenía miedo y no me gustaba escuchar las burlas y el grito de: ¡Ahí viene el “Loco”! Como lo calificaban los demás. Para mí era el “Señor de las piedritas” y me preguntaba qué haría con todas ellas.

Una tarde pasó por mi casa, yo jugaba a lanzar aviones de papel desde mi balcón. Uno de ellos antes de aterrizar le pegó en la cara. Iba a disculparme cuando sacó unas tijeras. Creí que estaba enojado, retrocedí y no pude decir alguna palabra.
Tomó un periódico de los que cargaba en su inseparable costal. En un par de minutos, recortó el cuerpo de una muñequita de papel y estirándose un poco me la entregó. Con timidez la recibí y cuál fue mi sorpresa cuando mágicamente se desprendieron otras cinco iguales, todas tomadas de la mano como en una ronda infantil.

Le di las gracias. Fue la única vez que lo vi sonreír. Por alguna razón he guardado celosamente hasta ahora, mi tira de papel. Con esa muestra de ternura, me acostumbré a su pacífica existencia.

Diez años después, el rumor de su muerte se esparció como plumas al viento. Un olor nauseabundo había alertado a los vecinos, quienes pidieron se abriera la casa.
Lo que encontraron fue una incalculable cantidad de revistas y libros que invadían habitaciones, muebles y cualquier espacio del lugar. “El Señor de las piedritas” había muerto, aplastado por una tonelada de basura.
Un laberinto de cartón y periódicos apilados en torres hasta el techo, que como guerreros de terracota custodiaron su sueño por las noches, dieron la última batalla dificultando el rescate del cadáver.
Sentí un golpe en el pecho al confirmar la noticia. Cuando la casa se quedó vacía de curiosos, no resistí la tentación de ver más allá del portón que encontré entreabierto.

De los candiles, giraban suspendidos con hilos, seductores billetes verdes que se habían transformado en algo más valioso. Cientos de papirolas: casas, flores, dragones, mariposas, ranas, caballos o elefantes cuidadosamente creados por el Dios de un universo caótico, cuyo horror al vacío no le permitió dar un paso más y fue tragado por un agujero negro o víctima de la ley de la gravedad.

Para los otros, en su historia sólo contó la locura, la avaricia y según ellos el castigo divino: la desesperación de morir sepultado. vivo.
En cambio en mi historia lo imaginaré siempre sonriendo en ese universo caótico. Doblando con maestría cada pliegue de las papirolas. Con las tijeras recortando cadenas de hombrecitos y mujercitas de papel, que poblaron su mundo. O pegando con cemento y paciencia las piedritas atesoradas.
Porque fui la única en poder reconocer la creación de una bóveda celeste y descifrar las constelaciones de piedra con las que recubrió todas, absolutamente todas las paredes, el suelo y el techo de su casa.

Marzo 2018

SEGUNDA OPORTUNIDAD

Ángela M. Flores Martínez

Deambulaba tambaleante y sin rumbo. Tropezando a veces, pero se sobreponía al paso de alguna "posibilidad" como ella la llamaba. Se esforzaba en lucir como en sus mejores tiempos. Iba y venía por las mismas calles o así le parecían, que más daba, solo el pasar de las luces de los autos o unos pasos acercarse hacían qué sus ojos se iluminaran.

-Este es el bueno- pensaba-. Esta debe ser mi oportunidad- soñaba.
Los andantes se perdían, se alejaban. Otra noche más en que nada pasó. Nada, como en los últimos días, ¿o serían semanas?, ¿meses? Todo mal.
Amaneció y se halló perdida entre los ruidos. La ciudad y la lucha continuaban. Era siempre igual. La competencia aumentaba, la gente invadía las banquetas, los maltratos, la indiferencia y la vida que no se detiene.
¿Familia? Casi no la recordaba. ¿Su vida antes de la calle? Esa si estaba presente. Fueron los mejores tiempos, casi podía olerlos. De pronto, como un baño de agua: la realidad.
¿Tenía algún caso seguir luchando? Solo pedía una segunda oportunidad.
Todo mundo pasaba indiferente.
"Este debe ser un buen lugar para que termine todo". Se refugió en un rincón. Dejó de luchar. Abandonó todo intento de llamar la atención. ¿Qué importaba tener un benefactor que la retirara de la calle?
Caía la tarde, con ella, sus esperanzas.
Todos sus temores y miedos cayeron sobre ella.
¿A dónde la llevaban? A un lugar cálido y en movimiento y luego sintió sobre su cuerpo la tibieza del agua. Tenía que ser gente buena, aunque el instinto le impedía confiar. Inyecciones, sueros, píldoras ¿o eran pastillas?, ¿más agujas?...Todo terminó.
Qué bien se siente ser amada y protegida nuevamente, ya no más calle, no más peleas por un refugio, por un pedazo de comida, por un poco de atención.
Llego su segunda oportunidad cuando ya había perdido la fe.
¿Olvidé decirles que mi nueva dueña me nombró Lola?

VIAJE ESPIRITUAL

Silvia Hernández Valdivia

Chung tiene tatuado al mundo en su espalda. Las cicatrices de quemaduras son impresionantes. La roja, tensa, delgada y sensible piel deforma y casi cubre por completo al continente americano. El resto del mundo sufrió lesiones pero aún se distingue sin dificultad. Sin embargo, en toda la región sigue habiendo dolor.

-Pero, ¿cómo fue que te ocurrió eso?, preguntó asombrado Sonny, uno de los huéspedes del hostal, al ver su espalda y parte del brazo izquierdo, que rara vez descubría ante la mirada de otros.
Era verano, hacía mucho calor. Esa noche estaban reunidos en la terraza, en donde las charlas después de la cena se prolongaban relatando y escuchando las historias de los jóvenes viajeros que llegaban de todas partes a Sevilla, a trabajar como voluntarios al popular hostal. En ese momento algunos estaban en la sala, tocando la guitarra y cantando.

Chung, el cocinero, es muy reservado, no habla de lo que le pasó, a menos que se hayan ganado su confianza o que necesite sentirse comprendido.
-Estaba de vacaciones en Barcelona; pasaba por la calle donde una casa se estaba quemando – contestó en voz baja, tratando de que los demás no oyeran, excepto Mariana y Mateo que estaban sentados junto a él y conocían muy bien su historia.
-Escuché que un niño gritaba aterrorizado. Corrí y sin pensar en nada, me acerqué. Con fuertes patadas, logré abrir la puerta y entré rápidamente. El humo me impedía ver bien pero me dirigí hacia donde se escuchaba el llanto del pequeño. Llegué a la cocina. Un niño de más o menos seis años se encontraba atrapado bajo una mesa sobre la cual estaba un gabinete de madera ardiendo. Las llamas cubrían el espacio, respiraba con dificultad, me quité la playera para cubrir al pequeño, logré levantarlo y sacarlo de ahí. Al atravesar el corredor por donde había llegado, sentí un fuerte golpe y un calor ardiente en la espalda pero no me detuve. Casi arrastrándome avancé con él en los brazos. Fueron instantes interminables hasta encontrar la puerta por donde minutos antes había entrado. Pude llegar a la calle y me desplomé. No supe más...

Días después desperté en un hospital de esa ciudad. Estuve inconsciente varias semanas; había tenido quemaduras de tercer grado que dañaron las capas más profundas de la piel. Una vez que pasó el peligro de perder la vida y de severas infecciones, me sometieron a diversas cirugías. De una parte más baja de la espalda tomaron piel que me injertaron en la región más dañada. Pasé casi tres meses en ese hospital. Avisaron al gerente del hostal

de quien pude dar datos una vez que recuperé el conocimiento. Lo llamaron para que pagara la enorme cuenta, que en ese momento no pudo cubrir. Sólo se pagó una parte. El resto, lo sigo pagando pues firmé un convenio que si no cumpliera tal vez me llevaría a la cárcel. Supe que el niño también tuvo muchas quemaduras pero se salvó. Ahora no sé de él, ni cómo está. Creo que eso es mejor.
Sonny quedó sorprendido, no pudo o no quiso pronunciar palabra alguna, simplemente se acercó y le dio un abrazo.

Mariana y Mateo se miraron. Guardaron silencio. Chung les dirigió esa mirada suplicante y de complicidad con la que solía verlos cuando contaba ésa u otra de las versiones sobre lo que le había sucedido en la espalda, en su mundo, ahora deforme. Sabía que ellos, esta vez tampoco lo delatarían, así como no lo hacían cuando cambiaba la versión, diciendo que le había ocurrido por salvar, también en una casa ardiendo en llamas, a un perrito.

Chung había llegado a España en un barco de Malasia en el que era cocinero. Decidió quedarse por una temporada. Entró al país como turista, empezó a trabajar en el hostal pero no salió en el tiempo en que debió hacerlo. Una noche que viajaba en autobús, la policía subió a realizar una inspección y le fueron requeridos sus documentos. Al no tener la legalidad para permanecer ahí se le ordenó que en los siguientes días saliera de España, cosa que no hizo. Siguió trabajando como cocinero, en el mismo hostal. Al principio evitaba salir a la calle, se escondía, pero dejó de hacerlo pues como muchos otros hombres de rasgos orientales, africanos o árabes ya pasaba desapercibido.

Han transcurrido tres años desde que llegó a Sevilla. De alguna manera esa tragedia le ha permitido permanecer ahí. Podría irse, regresar a su país, y no volver jamás; vería de nuevo a su madre, a su familia, a lo que, con gran dolor renunció hace tiempo, pero para bien o para mal está en deuda con el gerente del hostal.
No quiere relatar de nuevo la peor noche de su vida, la que le ha dejado huellas que jamás pensó tener. Los recuerdos, como las cicatrices, están adheridos como lapas, a la piel y al alma. Con tan sólo pensar en ello, vuelve a sentir cómo ardió su cuerpo esa noche durante sus vacaciones. Fue en un campamento en una alejada montaña en Barcelona a donde lo invitaron a participar en un retiro espiritual. La ceremonia se realizaba en un ambiente

que pretendía imitar a la selva amazónica.
Los participantes estaban alrededor de una fogata. Los chamanes desarrollaban un ritual elevando oraciones para llamar a los espíritus, repartían copas de ayahuasca (mezcla de plantas utilizada en los pueblos indígenas amazónicos que altera los estados de la conciencia) que los congregados debían beber para asegurar la llegada de los espíritus que actuarían despertando recuerdos largamente olvidados, sanando enfermedades, angustias, miedos, inseguridades, y hasta cambiando a la vida que hasta entonces tenían.

Chung daría cualquier cosa por no recordar lo que sucedió esa noche en la que la película de su vida estaba por comenzar...
Todos los que estaban ahí ya habían vivido la experiencia y algunos la estaban repitiendo. Para él era su primera vez. Minutos después de haber bebido la preparación, que en idioma quechua significa "soga de los espíritus", comenzó a sudar y a alucinar; escuchaba sonidos de animales, ruidos muy lentos y graves, veía las ondas del sonido propagarse y rebotar en las hojas de las plantas, se le dilataron las pupilas, podía ver todo con ojos de depredador y con los ojos cerrados veía manos, muchas manos, veía a los chamanes y a los que estaban a su alrededor. Vio a alguien parecido a él, que lo hizo recordar momentos dolorosos de su niñez, y comenzó a llorar. De pronto vio una luz y tuvo un acercamiento a las estrellas del universo, entró en un profundo aletargamiento, con dificultad se levantó y trató de caminar, pero se desplomó sintiendo un calor quemante en todo el cuerpo, intentó moverse, salir de ese trance, pero no pudo más...
Supo por los médicos que lo atendieron, que había perdido el conocimiento, que alguien llamó a los rescatistas para que fueran por él. Lo encontraron sobre los restos de las ardientes brasas. No se sabe cuánto tiempo permaneció ahí. Lo llevaron al hospital donde le salvaron la vida.

No puede evitar pensar en su historia, su realidad; discriminación, racismo. A sus casi cuarenta años, sigue siendo un empleado ilegal, un inmigrante que ve muy lejana una vida mejor. Sigue viviendo su solitaria vida, va y viene por las calles y los lugares a los que desea pertenecer.
Ha decidido contar la verdad sobre ese alucinante viaje que siempre lamentará. Volvió a viajar, en otro sentido; este verano se aventuró en bicicleta para llegar a otros pueblos de España. Fue detenido por la policía. Chung sabe que no hay segunda oportunidad. Este nuevo viaje lo llevará a donde nunca quiso estar...

Febrero, marzo y septiembre de 2018.

Cerámica y modelado en barro

Cerámica y modelado en barro

Las arcillas son materiales originarios de la tierra, son de los materiales más nobles, por medio de ellas el hombre se ha expresado milenariamente, y así puede describir y plasmar la cultura en la que vive.

En el **taller de cerámica y modelado en barro** utilizamos diversas mezclas de arcillas y técnicas de construcción, con la finalidad de que los alumnos desarrollen sus habilidades en el manejo de las arcillas y en el modelado de las mismas, pero principalmente que experimenten y desarrollen el placer de crear y expresar ideas, emociones, sentimientos, pensamientos, degustando del proceso de realización de la pieza, desde la preparación de la arcilla, conocerla, modelarla y enviarla al horno para su quema, creando y cerrando un circulo creativo con esencia espiritual.

Rosalba Vázquez García

“Máquina”
Mezcla de arcillas
Ensamble cerámic, metal, vidrio, cuarzo

Patricia Martínez García

“Homenaje al paquimé”
Gress
Modelado y pintura

Patricia Martínez Garcia

“La vida”
Modelado y pintura en cobre

Guadalupe Monroy

“La sonriente”
Mezcla de arcillas y oxidos naturales

Guadalupe Monroy

“Tun-kan”
Barro de Oaxaca modelado con detalles de bruñido y esmalte

Leticia Galván Chávez

“Maguey”
Molde y modelado a mano

Emilio

“Soy”
Modelado, pastillaje, esgrafiado y esmalte

María Eugenia Delgado

“Recuerdos”
Vaciado, esmalte y pintado a mano

María Eugenia Delgado

”Placas”

Placa, engobe y esgrafiado

Andrés J. Peláez Sánchez

“Inmóvil pero expresivo”
Modelado engobe y pastillaje

Nancy Pastor

“El abrazo del pulque”
Vaciado, modelado y engobe

Nancy Pastor

"Octecómatl"
Molde, cuerdas,modelado a mano

Emilio

"Arcilla jugando a ser bambu"
Barro de Oaxaca
Cuerdas

Andrés J. Peláez Sánchez

“Rostro”
Modelado

Emilio

"Redonda"
Barro de Oaxaca
pellizco y engobe, esgrafiado, esmalte en cobalto.

Andres J. Peláez Sánchez

“Vasija y morteros”
Modelado en pasta blanca y barro

María Isabel Méndez Pérez

"Arbol"
Mosaico en barro de Oaxaca y cobre

Enrique Carrillo Montiel

“Escudo Dominico”
Mosaico en barro de Oaxaca y cobre

Enrique Carrillo Montiel

"Tinteros"
Modelado y raku

Enrique Carrillo Montiel

“Vaso Neptuniano”
Pasta blanca
Pellizco, engobe, esgrafiado y esmaltado

Alekzander Kaefteheth

“Vaso”

Barro de Oaxaca, cuerdas, engobe, esgrafiado

Alekzander Kaefteheth

“Sin titulo”

Pasta blanca y pintura

Pedro Antonio Alvarado G.

“Muerte Rosa”
Pasta blanca
Pellizco, engobe y esgrafiado

Pedro Antonio Alvadaro G.

“Vasijas”
Barro de Oaxaca
Pellizco y engobe

Lucia García Rangel

“Charola”
Barro de Oaxaca y engobe

Lucia García Rangel

"Cocodrilo"
Barro de Oaxaca y engobe

Daniel Guiza Zamora

“Rasgado”
Barro de Oaxaca
Técnica de pellizco y engobe

Jose Antonio Gallegos Dimas (Jagd)

“Sin título”
Barro de Oaxaca
Engobe y esmalte esgrafiado

Orly Peña Garcia

“Vasija”
Barro de Paquimé
Barro negro bruñido y engobe

Yolanda Luna Levario

“Árbol de cactus”
Mezcla de barros
esgrafiada y esmalte

Yolanda Luna Levaria

“Vasija 1”

Engobe y esgrafiado

Yolanda Luna Levario

”Vasija 2”
Engobe y esgrafiado

Yolanda Luna Levario

"Calaveritas"
Mezcla de barros modelados, esmaltados
y decorados con pintura

Sandra González Sodi

“Pequeña 1”

Engobe y esgrafiado

Sandra Gonzalez Sodi

“Pequeña 2”

Engobe y esgrafiado

Sandra Gonzalez Sodi

Créditos

Secretaría de Hacienda y Crédito Público

Carlos Urzúa Macías
Secretario de Hacienda y Crédito Público

Raquel Buenrostro Sánchez
Oficial Mayor

Adriana Castillo Román
Directora General de Promoción Cultural
y Acervo Patrimonial

José Félix Ayala de la Torre
Director de Acervo Patrimonial

Martha López Castillo
Directora de Colecciones y Promoción Cultural

Edgar Eduardo Espejel Pérez
Subdirector de Promoción Cultural

Laura González Bobadilla
Jefa del Departamento de Cursos y Talleres

Promoción Cultural

Estela Munguía Caballero
Jefa del Departamento de Difusión

María de la Luz Gómez Arias
Coordinadora de Información

Gabriela Manriquez Mecalco
Isaías Rafael Hernández
Apoyo fotográfico

Jhovana Aline Rodríguez Uribe
Diseño Editorial y fotografía

Se imprimió en la Ciudad de México, en (agregar fecha y año)
Forros impresos en papel couché brillante de 250 gr.
Interiores impresos en papel bond de 120 gr.
Tipografía Montserrat en sus diferentes variables.
El tiraje fue de (agregar cantidad) ejemplares encuadernados.

Oficialia Mayor

Dirección General de Promoción Cultural y Acervo Patrimonial

Centro Cultural de la SHCP